



NUM. 7

TOLEDO

Noviembre, 1985

Edita: Tertulia Calandrajás - Plaza Buzones, 2

ZOCODOVER

Claustro laico toledano, escenario de sucesos fundamentales para la ciudad y para Castilla, paraje siempre entrañable para quienes quieren a Toledo. Lugar controvertido, nada sobrado de estética, reformado una y cien veces, mentidero provinciano y corazón excéntrico de la vieja Tulaitula desde el año 932 al menos, merece sin duda que una serie de vistas conservadas desde 1882, reviva ante nuestros ojos un siglo después en lo que ha sido durante esos largos y agitados cien años.

Paraje igual, pero cambiante. Anodino, pero con solera. Sin estilo definido, pero con gracia propia e indefinible, Zocodover nos disgusta y nos gusta por igual a todos, toledanos y no toledanos. ¿Será su nombre, tal vez, su única gracia?

No lo sabemos y hasta ahora, nadie ha acertado a definirla. Pero aunque la plaza tenga muy poco de particular, es Zocodover. Y con serlo se basta.

Julio Pérez

TRES SONETOS

A Miguel Hernández

ETERNA VOZ

Con la ilusión de un mundo más hermoso,
clamor de libertad, luz de justicia,
tu verso, apasionado y fuerte, inicia
un camino a seguir, maravilloso.

Diste con fe, sin pausa ni reposo,
de una vida sin hierros la noticia,
para gritarla en ocasión propicia
¡cuánto tiempo estuviste silencioso!

Hoy, que tu nombre suena para todos,
sin amenazas, dudas ni temores,
vuelves, ¡libre! a gritar tu eterno verso.

Nunca te enmudeció, de todos modos,
tu calvario de encierros y dolores:
¡Tu voz llenó de luz nuestro universo!

RUISEÑOR PRISIONERO

Luna nueva, Miguel, nuevas auroras,
horizontes de luz, nuevos caminos,
sé que, desde algún sitio, oyes los trinos
que emiten para ti aves canoras.

Tus trovas fueron limpias y sonoras,
soñaban la ilusión de otros destinos;
los barrotes forjaron desatinos
en tu fiebre y sudor de últimas horas.

Naciste libre y aun estando anclado
voló tu pensamiento sin cadenas,
libertad de naranjo y limonero.

La Vega que cantabas ha esperado,
en un silencio de encendidas penas,
el vuelo de tu verso prisionero.

CALVARIO

Fuiste pobre, Miguel, como un Mesías
y en los pobres volcabas tu ternura,
los campos conocieron tu figura,
sintieron la inquietud que tú sentías.

En tu patio, en tu higuera, tú escribías,
paladeando ya la desventura;
apuraste tu copa de amargura
y eran tus versos como profecías.

Hay un clamor, cuando el dolor florece,
que es como un manantial impetuoso,
como el color de un prado de amapolas,

Y ese dolor, hecho belleza, crece,
se hace vibrante y llega, victorioso,
a ser un mar de tumultuosas olas.

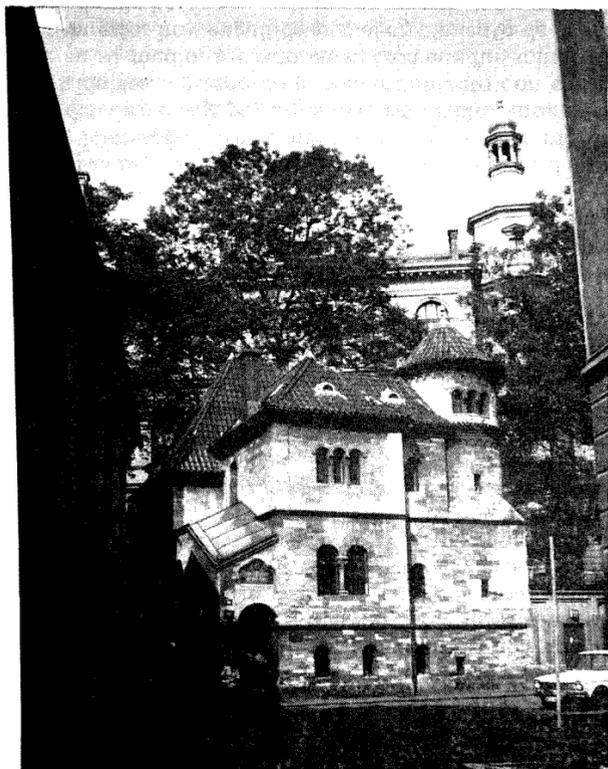
Angeles Amber.

TOLEDO: VISTA Y VISION DE RILKE (y II)

“Todos los esfuerzos de Rilke parecen estar centrados en encontrar el camino de integración de esa unidad indisoluble y armónica que preside lo cósmico”, comenta Jaime Ferreiro Alemparte en sus libros *España en Rilke*, o en *El epistolario español*, libros en que aparecen, por él traducidas, las cartas escritas por Rilke desde España a sus amistades extranjeras. (Los retazos o bocadillos de esas cartas y declaraciones que ilustran este trabajo han sido suministrados por las mencionadas traducciones).

Es evidente que Rilke queda clavado ante el paisaje; en él resume el ser de Toledo y de todo lo que vive en su interior y contornos; en el paisaje justifica todo cuanto de humano y de divino acontece en los límites de lo histórico, lo artístico, lo geográfico y lo social. (Si Barrès, en su libro *Greco ou le secret de Tolède*, intenta demostrar eso, que en el Greco reside el secreto de Toledo, para Rilke, esta ciudad no tiene más secreto que el de la geografía que la rodea y la define). Las tierras rojizas de la derecha del Tajo, que se extienden hasta Bargas y Mocejón, son también parte del paisaje toledano. Lo primero fue la geología. Este Rainer María se inclinaba por un determinismo natural, del que deriva el resto: “Torre, montaña, puente”. No puede leer. Intenta hacerlo con un libro de Cervantes y desiste. Para él no hay más lectura posible en Toledo que la que puede hacer en el colosal libro del paisaje toledano que se abre desde el puente de Alcántara hasta el puente de San Martín, escrito con una caligrafía sísmica y un revoltillo de hojas del mismo material que las Tablas de la Ley: “La medida es casi la misma si se abre la Biblia o se lee después en el paisaje, un paisaje que no habla, sino que profetiza, sobre el que se cierne el espíritu de su grandeza. (. . .) Un paisaje no domeñado se erguía ante mí, amonestado y alentando a la vez por entero lo más cercano, aquello que en un momento antes hubiera sido posible soportar, al igual que Moisés cuando con los cuernos de luz descendió de la montaña”. El Sinaí. ¿Por qué Rilke no fue nunca en busca del Sinaí? ¿Por qué no fue, siquiera, a Palestina, donde habría encontrado los macizos montañosos del desierto de Judea que encajonan el Jordán, y donde no es en absoluto necesaria la metáfora bíblica? Toledo sació su ansia de paisaje desgarrado, torturado, y de haber realizado ese viaje a Palestina en el que tal vez nunca pensó, siempre habría visto de la “montaña” de Toledo superpuesta con arrebatada supremacía de ésta sobre aquélla. En ocasiones, lo imposible es superior, más real que lo cierto.

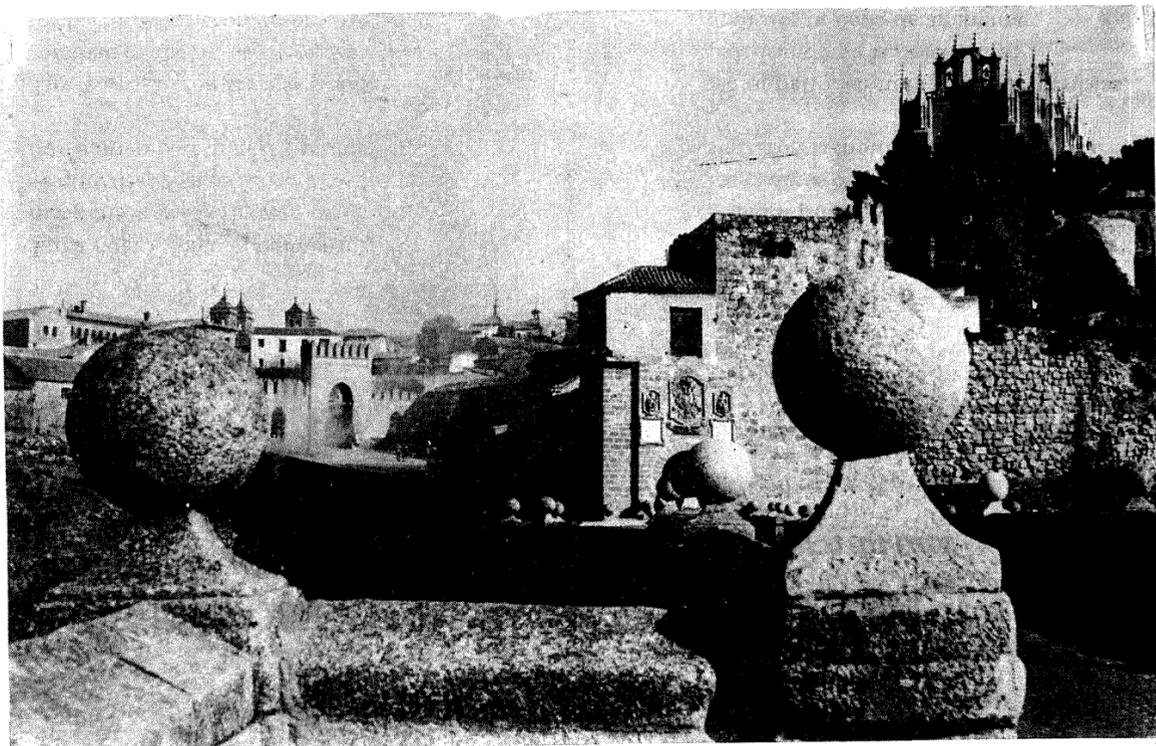
En la Praga de la época en que Rilke exhibía sus disfraces, o poco después, se detectaba la presencia de un apretado grupo de escritores de habla alemana, los que integraban la llamada “escuela de Praga”, caracterizada por su apasionamiento, su truculencia, su forma hiperbólica de narrar. Entre ellos estaba Gustav Meyrink, el autor de *Golem*, y el mismo Rilke. La cultura dimanante de la amplia y arraigada comunidad judía establecida cerca de la margen derecha del Moldava, donde no faltaba el elemento sefardí, o la atmósfera que se creaba a su alrededor, con su antiquísimo cementerio, descomunal amasijo de tumbas que se puede visitar aún hoy, todo eso influyó en el “desarrollo de un ambiente innatural, insular, separada (la literatura) del pueblo, y que sus creadores han vivido en esta islla de lengua alemana como en un triple ghetto:



Praga. Calle del viejo cementerio judío

ghetto alemán, ghetto hebreo, ghetto burgués” (*El acusado Kafka*, de Lucio Lombardo Radice). Rilke consigue liberarse en gran parte de tan molesta carga, simplemente por el procedimiento más expeditivo: huyendo de Praga. A Kafka le salvó su “fanatismo por la verdad”. Todos aquellos escritores, judíos o no, renegaban de Praga como escritores; Kafka, además, por motivos familiares o de salud. Abandona una y otra vez Praga, pero siempre vuelve. Cuando Rilke se decide a dejarla, lo hace para siempre, y, cuando muere, sus restos son enterrados en un pueblo del sur de Suiza.

La patria de Rilke estaba allí donde se encontraba su interés del momento. Si durante su estancia en Toledo, alguien —¿qué alguien?— le hubiese preguntado de dónde era, habría contestado con la mayor naturalidad: “¿De dónde voy a ser? De aquí”. En Toledo todo le seduce; de las pocas comparaciones que hace, Toledo



Toledo. Puente de San Martín

siempre queda ganador. La ciudad suspirada nunca lo eliminará de su padrón de ciudadanos preferidos.

Praga es una de las ciudades más bellas y misteriosas. . . del mundo de las bellas y misteriosas ciudades. Su catedral, consagrada a san Vito, en lo alto del Hradcany o castillo, es de un arriesgado y suntuoso gótico a dos torres frontales, dentro del área del florecimiento natural de este estilo, con el robusto añadido —una especie de concesión de carácter religioso a la arquitectura del Sur europeo simbolizado por Roma— de una torre abarrocada sobresaliente. Rilke debía conocer también la catedral de Colonia, San Marcos, de Venecia. Pues, no señor: “La catedral, aquí”, escribe desde Toledo el 9 de noviembre, “es algo sin igual, yo vivo dentro casi, y fuera es como si ella hubiera echado las cosas aún no terminadas, que yacen dispersas alrededor en el polvo sobre la colina. (. . .) Ni siquiera Nôtre Dame o Chartres han ejercido un poder tan fuerte sobre mí”, remacha en otra misiva, de igual fecha, dirigida ésta a Rodin.

Le llega el turno al Tajo: “. . . y abajo, en el fondo, el río indesgarrable, a cada vuelta otro, con su azul aceado, irisado en los sitios donde espejea, en los dos sitios donde los incomparables puentes lo pasan con acabada maestría”. El Tajo actual no es el de antaño. No tiene nada de azul, como tampoco el Danubio, por supuesto. El Tajo de ahora es un río caduco, no un río “joven”, como llegó a denominarle el poeta; es un río cansino, ofendido, una injuria moral y estética, un peligro para la salud ciudadana, con sus aguas fétidas, cargadas de toda clase de desechos, en algunos trechos cubierto de una costra de espumarajo que le dan el aspecto engañoso de un río en pleno deshielo. Lo que lleva a sus espaldas el Moldava, a su paso por el inmenso puente de Carlos de la capital checoslovaca, a finales de invierno, eso sí es hielo limpio, hielo frío, hielo de verdad.

Del Hotel de Castilla dijo que le trataron “con simpatía y atenciones”, y “que se considera aquí como el mejor, y me parece aceptable”. Hoy, restaurado, es un edificio con calefacción, sede de una entidad estatal, pero mantiene ese aire gótico que le da una impronta de palacio veneciano. En Toledo sólo está bien el gótico donde está: en San Juan de los Reyes y en la catedral, cumpliendo con el trabajo de culminar y dar salida a un afán de alturas hacia el infinito, una fuga para la “peñascosa pesadumbre” de que hablara Cervantes.

Rilke ignora a Garcilaso, a san Juan de la Cruz, a Baltasar E. de Medinilla, asesinado en su propia casa,

que se conserva. Trajo consigo los *Cuentos* de Hoffmann. Aparte preferencias estilísticas, más útiles le habrían sido para sus fines toledanos las *Leyendas* de Bécquer. ¿Tuvo noticia del escritor Enrique de Villena, que practicó la astrología en Toledo? Sí estaba al corriente de la obra del jesuita toledano Pedro Ribadeneira, cuyo libro *Flos sanctorum* o *Libro de las vidas de los santos*, se sabía, por así decirlo, de memoria, con todos los hechos prodigiosos que en él se narran.

“Todos los domingos”, dice el poeta en su carta de 25 de noviembre, “me dirijo a una pequeña iglesia mozárabe para oír una Salve que, sin duda, es milenaria”. Era la de San Lucas, una iglesia aureolada con una de esas leyendas religiosas que tanto agradaban a Rilke, con intervención de ángeles cantores que vindicaron el cumplimiento de una promesa. Está emplazada en

una de las zonas más severas de Toledo, donde, si fuese medible, se obtendría una de las más altas concentraciones de aislamiento, de quietud, de silencio, ¡ay!, si no fuese porque, de cuando en cuando, el motor de un coche lo rompe. Han abierto una carretera que pasa junto a los muros de la iglesia.

Rilke, que cumplió sus treinta y siete años (4 de diciembre) en España, muere catorce años después; muere de una leucemia largo tiempo arrastrada —y arrostrada—, unida a un síndrome de “toledanitis”, que más que una enfermedad debió ser un bálsamo confortador para una mente intrépida, atrapada en un cuerpo prematuramente achacoso, que no correspondía al del “hombre gimnástico” que le habría gustado ser: “Aquí (en Toledo) sólo es un pecado el que uno, como me ocurre a mí, se haya dejado atrofiar al hombre gimnástico que hay en nosotros”. El también fue uno de estos hombres; si no para correatar por los abruptos alrededores de Toledo, sí para alcanzar las más altas cumbres espirituales. Fue un formidable atleta.

Lo que describía con la pluma no sólo era lo que veían sus ojos o percibía con cualquiera de sus sentidos, sino la emoción que experimentaba durante el acto insustituible de ver, de sentir. Incalculable es el número de escritores, pintores, poetas que han visitado Toledo y que han derramado a boca llena sus elogios, pero nunca tantos, tan entusiastas y continuados como los del Rainer María Rilke que se propuso, y lo consiguió, infiltrarse vivamente en el ánimo “de esta ciudad elevada como un relicario”. Nadie como él, con tanto equilibrio entre el arrebatado y la serenidad, amó a Toledo.

Llega sin prejuicios, en contra de la opinión expresada por su amigo y protector Auguste Rodin sobre España, y se marcha sin poferir una sola queja, aparte la del frío, no imputable a los toledanos. Está a punto de dar por terminada su estancia en tierras españolas y no ha hecho uso de las cartas de recomendación de que venía provisto —¿agasajos y honores, o independencia absoluta?: había que elegir—. Antes de atravesar la frontera, camino de París, escribió algo que puede considerarse como la más apretada y rotunda síntesis del entusiasmo que Toledo despertó en él: “La tierra se me ha hecho más grandiosa desde que sé que esto existe”.

M. Fernández Nieto.

PERCEVAL, PINTOR UNIVERSAL, HA MUERTO

Hace tres años Jesús de Perceval visitaba una vez más Toledo y convivía con nosotros unos días. Era marzo de 1982. Otra visita suya fue el Corpus siguiente. Venía a Toledo en casa de sus hijos Carmen y José Luis, que vivían en la Plaza de las Capuchinas, y a impregnarse de los ocre y luces de nuestra ciudad, buscando con sus cámaras fotográficas (una de sus aficiones) el rincón o el detalle, perdiéndose por nuestras calles, disfrutando de esta vieja urbe, como me consta.

Recuerdo nuestras animadas y cortas conversaciones paseando por las Tendillas, Zocodover o Diputación hablando de Toledo, de Almería o del virtuosismo de tal cámara fotográfica y de mil cosas más. Parecía conocer Toledo adelantándose a nuestras explicaciones: conocía la mayoría de las calles, no era un turista más, era un hombre que disfrutaba por libre, nos daba la impresión que era él quien nos acompañaba a nosotros recorriendo la ciudad.

Hombre afable, cortés, abierto y cariñoso, de una gran humanidad. En Almería pasamos en su casa, María del Carmen y yo, unos días agradables, intensos e inolvidables, en especial al tomar contacto con el pintor en su medio, retirado en su casa que fue solitaria y con huerto, hoy engullida por el crecimiento de la ciudad, donde había acumulado experiencia y amores junto a su paleta. Le vi como alejado de su paisaje natural, con una intensa cultura mediterránea. Sus inquietudes indalianas habían levantado polvaredas en España con epicentro en su esquina S.E.

En los días que pasamos con Carmen y José Luis en Almería, todavía vimos un Perceval animoso aunque refugiado en su estudio y sus aficiones. Continuaba pintando. Fue una gran experiencia ser simples observadores recogiendo sus explicaciones mientras pintaba con rápido y seguro trazo, precisión con la espátula o el pincel, en definitiva constatar la maestría de quien domina una técnica y tiene capacidad para convertir en arte y poesía plástica el mundo que tiene a su mano y en su espíritu. En palabras suyas "las nubes, los árboles, hablan de tal manera que pueden llegar a cambiar el estado anímico del artista. Una piedra me parece simpática o antipática. Toda tierra modela la estructura física de los seres. . . Siento pánico cuando ~~un cuerpo una línea~~ ~~estas adquieran una propia~~ ~~las formas y colores que voy apinando me dicen si, es un placer. Cuando dicen no, es un dolor. Falta de sinceridad para mí sería imponer una dictadura en un lienzo. La obra está terminada cuando ninguno de los dos tiene nada que decir. Entonces la imagen se llena de espíritu. Yo he visto a la "maja" de Goya ruborizada después de un piropo". El buen humor había sido y aún era otra de sus cualidades humanas. No olvidaremos los ratos, los buenos ratos, en las ramblas almerienses tomando unas nueces con miel en agradable conversación participando de su fino gracejo de buen andaluz. Muchos son los testimonios que le colocan en la primera línea de los pintores españoles que marcaron una época dorada y modernista. De esta figura universal se ha dicho casi todo; han escrito y continuarán haciéndolo quienes busquen las piezas de la cadena evolutiva del arte pictórico y escultórico en el Mediterráneo.~~

Benjamín Palencia, el pintor manchego, decía: "Jesús de Perceval indalo ilustre y un pintor que ha llegado a ser de los mejores y más inquietos de todo lo que hoy significa el arte nuevo".

López Anglada le dedicaba un soneto cuya última estrofa terminaba:

"Allí le he visto, allí estreché su mano
Jesús de Perceval, el indaliano
hombre de sol, pintor irrepetible".

Vázquez Díaz y él fueron grandes amigos, al igual que Eugenio d'Ors, quien decía de Perceval en los años cuarenta: "¡Venid, venid amigos del arte a presenciar este maravilloso acontecimiento, el nacer de una gloria!" Y no se equivocaba. Entre la antología de escri-



Jesús de Perceval
Toledo - 22-3-82 -



Exodo-1937. París.

arte que han escrito sobre el pintor se encuentra también el marqués de Lozoya, quien dice de su obra que "da a los cuadros una calidad de firmeza y permanencia como la cerámica o el esmalte. . ."

Gerardo Diego no dejó de admirar al maestro almeriense al que dedicó en varias ocasiones sabrosos comentarios como este: "Perceval ha estudiado minuciosamente las tierras, los pedruscos, las margas y arcillas y arenas de sus barrancos, se ha extendido en la contemplación maravillosa de lo oceánico y de lo telúrico, de lo saturado de humedad y de lo rajado de sequía, ha aprendido después la función misteriosa de lo matemático y de los coeficientes y proporciones áureas, ha desplazado lo viviente y dado cuerda a lo muerto, que no era sino dormido. . . la técnica creadora de Perceval es la más profunda y lógica en el artista de linaje clásico. . ." López Anglada nos recuerda otra sublime sordera más, la que acompañó a Perceval: "Ya se sabe lo que ocurre a los mortales que se atreven a arrebatar el fuego a los dioses. Jesús de Perceval lo hizo en Almería y se quedó sordo. Fue condenado a las cadenas del silencio".

Amigo personal de Picasso, forma con Dalí una trilogía proyectista y básica en la perspectiva de la historia de la pintura española contemporánea.

Existen muchos retratos de Jesús de Perceval, incluso salidos de su propia paleta y pincel, pero desde la pluma es el de Manuel Alcántara uno de los más acertados: "No hay ninguna pose en Jesús de Perceval. Es un hombre libre que vive su vida sabiendo que su vida es la pintura y su particular metafísica en torno a ella. Tampoco se advierte en él la tremebunda vanidad que se aprecia en tantos colegas suyos. . ."

El apellido Perceval ya nos sitúa ante la reflexión histórica, mitológica o nos adentra en la leyenda que inspiró a Wagner. Los Perceval están en Andalucía desde el siglo XII. En la Almería del siglo XV corría entre los judíos la conseja:

"Si a Almería vas, de tres pestes has de librar: Pérez, Puche y Perceval". Algún antepasado inquisidor descendiente de los Perceval que conquistaron Almería con Alfonso VII, debió ser el de las cuitas judaicas. Y es el mismo pintor quien hablaba en 1953 con cierto gracejo y respeto de sus antepasados inquisidores, regidores, obispos, militares, a una pregunta del periodista sobre la existencia en su familia de otro pintor diciendo: "Hasta que quiso Nuestro Señor que en la ciudad de Almería y para bien de las artes naciera Jesús

Manrique de Lara y Díaz del Corral" no hubo en su familia otro pintor. Puedo dar fe de los títulos y ejecutorias de nobleza que le asistían, ya que, conociendo mis aficiones, me obsequió para regalo de mi curiosidad guardados en cuidados estuches los referidos títulos suyos y de sus antepasados, en un despacho cubierto de altos estantes con cientos de volúmenes apiñados, cuadros, fósiles, dibujos, cerámicas, todo presidido por una chimenea con sus armas.

Francisco Umbral, José Hierro, Campoy, del Arco y otros muchos más escribieron sobre Perceval y su obra. Fue un pintor que trascendió con su indalo almeriense más allá de nuestros mares y fronteras. Amante de Toledo y el Greco, deja un vacío en Andalucía y en España que será difícil de cubrir.

No hay en estas letras epitafio alguno, sólo recuerdo y reconocimiento. Vive en la eternidad de los artistas que nunca mueren.

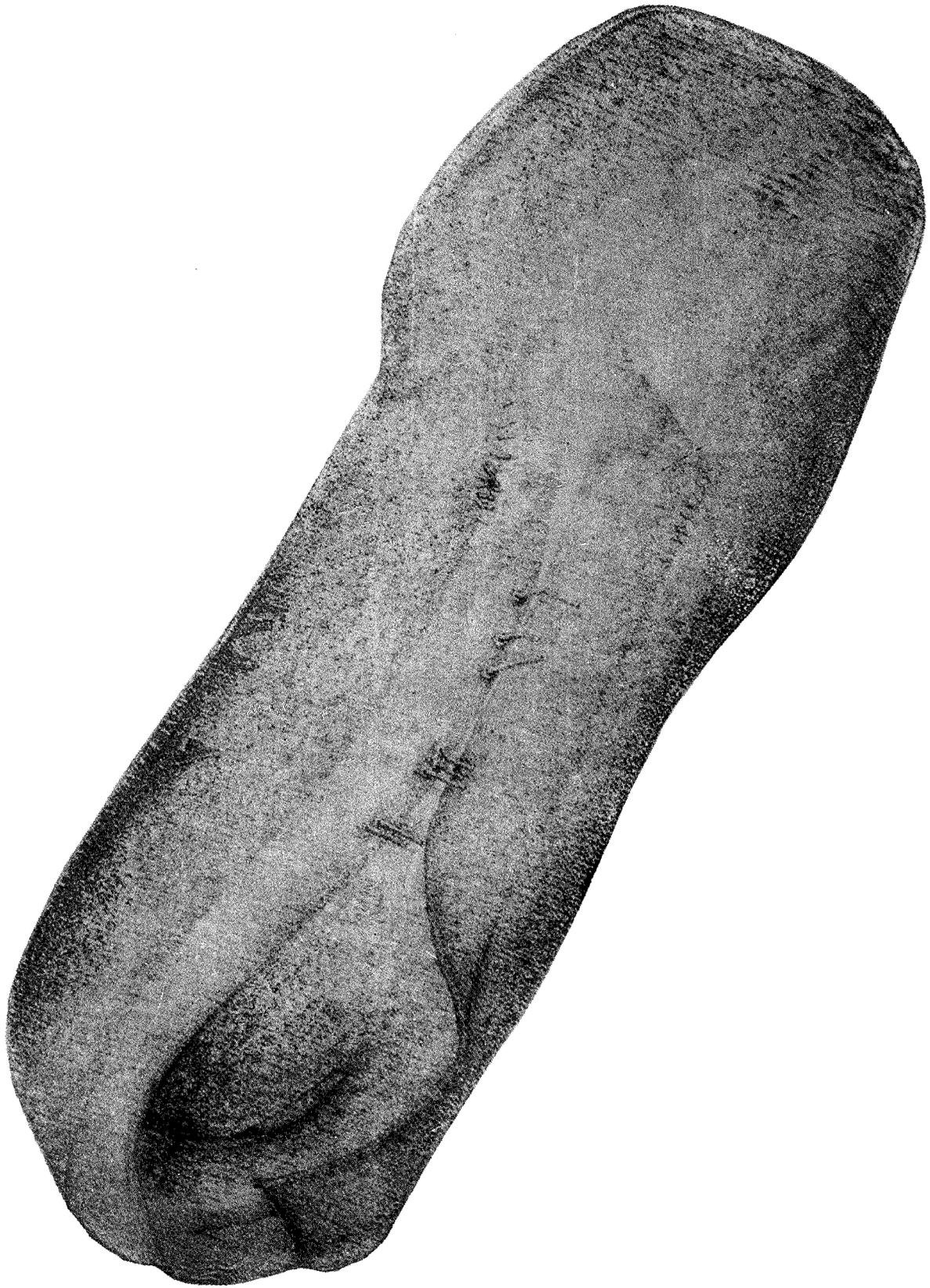
Ventura Leblic García.



1966 - Perceval, visto por Pérez Siquier.



MARIA ROSA TOLA-
82.



Bojas 85